

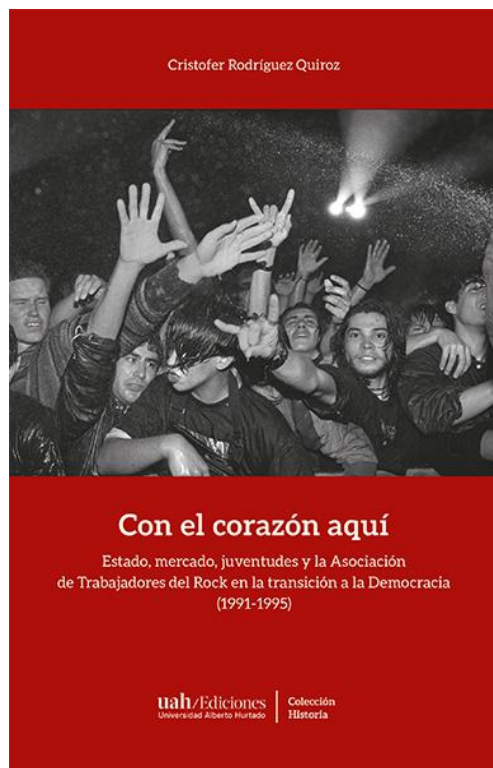


**Cristofer Rodríguez. 2022. *Con el corazón aquí. Estado, mercado, juventudes y la Asociación de Trabajadores del Rock en la transición a la democracia (1991-1995)*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 168 pp.**

Karen Donoso Fritz

Doctorado en Historia, Universidad de Santiago de Chile

[kdonoso@gmail.com](mailto:kdonoso@gmail.com)



<https://ediciones.uahurtado.cl/producto/con-el-corazon-aqui/>

La historia del rock en Chile tiene centenares de páginas escritas. Pero sin importar el empeño que pongan las y los investigadores por engrosar ese número, jamás compensarán la actividad propia de los rockeros y las rockeras chilenas, que han batallado por obtener un lugar dentro del movimiento artístico nacional. El libro *Con el corazón aquí* da cuenta de una de esas hazañas, contando una historia que atraviesa el problema de asociatividad de los artistas, la situación de la música nacional en las políticas culturales y la formación de audiencias y su relación con los medios de comunicación. Esta es la historia de unos músicos y músicas que –al calor de sus tiempos– soñaron, cantaron, y también actuaron para cambiar su condición laboral y la situación política del país.

El libro reconstruye la creación y funcionamiento de la Asociación de Trabajadores del Rock (ATR), desde su enérgico comienzo en 1991 hasta su paulatina disolución en 1995. Es un libro de rápida y amena lectura. Su escritura oscila entre la crónica periodística y el examen académico y logra transitar entre distintos planos de análisis. El autor reconstruye en detalle los anhelos, principios, actividades y discusiones internas de la ATR, utilizando como fuentes la prensa especializada y los testimonios de sus protagonistas. Pero también logra vincularla con el contexto político-cultural de los primeros años de la posdictadura.

Rodríguez explica la transición que experimentaron las políticas culturales desde un régimen dictatorial-neoliberal a uno democrático-neoliberal, dejando claro el panorama con que se enfrentaron las y los artistas en este periodo: un Estado minimizado y un plan de acción que no cuestionó ni puso en duda la lógica del mercado para las artes. Asimismo, expone las transformaciones que experimentó la industria de la música en esos cinco años. Finalmente, da cuenta del clima de hostilidad que mantenían algunos medios y sectores conservadores contra el movimiento rockero y toda manifestación artística disidente, destacando el papel de los medios alternativos para la comunicación, los vínculos y la configuración del rock como movimiento cultural.

Uno de los aspectos que llama la atención es el tratamiento que el autor le da al estado del arte. Los escritos previos no son analizados como en una discusión bibliográfica, sino que son considerados como parte de las memorias y el patrimonio del rock. Esto se debe a que han surgido de testigos de primera línea o sus propios protagonistas son quienes se han dado la tarea de generar una literatura rockera en Chile. En diferentes momentos de su historia, este movimiento se ha pensado así mismo y ha logrado transmitir, a través de distintos medios y agentes, los principios que motivaron su accionar, yendo más allá del ejercicio de hacer canciones y cantarlas sobre un escenario. Esto es un problema metodológico que el autor resuelve muy bien.

A partir de lo anterior, el Rodríguez también da cuenta que la ATR no ocupa un lugar importante en esa memoria rockera, y que ha sido considerada como una experiencia fallida, pues a pesar de las expectativas y proyectos desarrollados, no logró concretar sus objetivos en el corto plazo. Al finalizar el libro, el autor confiesa que en primera instancia esa idea del fracaso le hizo cuestionar la continuidad de la investigación, pero que finalmente se transformó en una motivación. Se dio cuenta que esta organización –a pesar de su breve duración– tuvo varios éxitos a largo plazo, los que incluso trascendieron su propia existencia.

De manera general el libro plantea que la ATR tuvo dos grandes objetivos: enfrentar las carencias laborales y económicas del gremio; y transformar el rock en un movimiento cultural. Lo primero se esperaba resolver con legislación que protegiera la labor de las y los artistas como una ley de porcentaje de música chilena en los medios, impuestos a los conciertos de artistas extranjeros en beneficio de los artistas locales, fondo previsional para músicos, etc. Este listado de demandas no tiene nada nuevo, y si se mira en retrospectiva, fueron temas presentes en todos los debates en torno a políticas culturales y el papel del Estado a lo largo del siglo XX.

A partir de la década de 1930, por ejemplo, tras la promulgación del Código Laboral se fueron incluyendo trabajadores de diferentes disciplinas artísticas al sistema de cajas y seguros obreros, asimismo, en diversos momentos, el Estado implementó leyes que regularon la emisión de música nacional en las radios. Todos esos avances en materia de beneficios sociales y proteccionismo quedaron marginados tras las reformas implementadas por la dictadura civil-militar comandada por Augusto Pinochet, la que también modificó el papel del Estado en la educación y la cultura.

En la década de 1990, ninguna iniciativa de legislación de este tipo recibió respaldo político. El discurso concertacionista –de los partidos de centro izquierda– apuntaba a los lemas “sin censura y sin dirigismo”, como una forma de reivindicar la libertad artística en el contexto posdictatorial. Pero este lema tenía mucho de ironía toda vez que la Iglesia Católica, la derecha chilena y las Fuerzas Armadas aún ejercían control sobre los medios de comunicación y podían incidir en la censura al quehacer de las artistas y los artistas chilenos. El recorrido por la censura en la década de 1990 es infinito y materia de otra investigación, pero fueron decenas (sino cientos) los recursos de protección, querellas judiciales, reclamos y sanciones del Consejo Nacional de Televisión presentados por los conservadores para detener el avance de la crítica social y cultural, incidiendo directamente en la agenda de medios.

No se puede entender la década de 1990 sin este contexto represivo y el autor lo aborda cuando explica el papel de la prensa y la televisión en la creación de un clima cultural hostil a las juventudes y al rock. Según su análisis, los medios trataban las noticias de los espectáculos masivos como los recitales de Guns n’ Roses, de Carlos Santana y Los Rolling Stones asociando la palabra “rock” a “violencia”, “detenidos”, “drogas” entre otras. En suma, el primer objetivo planteado por la ATR fue imposible de conseguir en medio de un contexto político-cultural que aún estaba regido por el conservadurismo, el control social y de desconfianza con las manifestaciones artísticas disidentes.

El segundo objetivo, de carácter más trascendente, si fue conseguido con creces por la ATR y sus integrantes. Como explica Rodríguez, esta organización se conformó como un agente desde el circuito del rock nacional. Las revistas, los programas de radio y los propios conciertos generaron un espacio de convivencia y de reflexión en torno al quehacer de esta colectividad musical. En este sentido, la ATR fue la expresión concreta de la toma de conciencia de la existencia de dicho colectivo. Y esto es fundamental en la historia de la música popular chilena, o bien, como opción para estudiar dicha historia. Los movimientos no los crean los sellos del *mainstream*, ni los medios de comunicación masivos y menos las políticas públicas. Aquí se aprecia la labor desarrollada por compositores, intérpretes, cantantes, productores, periodistas, poetas, entre otros, que conformaron un movimiento artístico que en el caso del rock “se define por elementos como la rebeldía y la historia en común, más que como una corriente estético-musical” (113).

En esa conciencia de sí, la ATR llevó a cabo varios proyectos, que el autor explica detalladamente: la producción discográfica *Con el corazón aquí* (vol. 1 y 2), obra que da el título a este libro y que hoy en día es un documento fundamental para conocer el estado de la escena rockera nacional en ese periodo. También realizaron conciertos solidarios, festivales de talento joven y fundaron uno de los programas más trascendentes de la historia de la música popular reciente: las Escuelas Rock. Como es sabido, este programa de formación aún sobrevive y ha tenido una incidencia importante en la creación de nuevas bandas y en la articulación de políticas públicas considerando a los artistas como protagonistas, con financiamiento del Estado, municipios y agentes privados. Una vez leída esta historia, no queda más que pensar que la ATR quedó eclipsada por su propia obra.

Otro de los aspectos relevados por el autor, es la relación que manifestó la ATR con el Instituto Nacional de la Juventud, el nuevo organismo creado por la Concertación para llevar a cabo políticas de acción social y cultural entre los jóvenes. El principio articulador del gobierno apuntaba a la necesidad de atraer la participación ciudadana de las y los jóvenes, en síntesis, consolidar el pacto de este “nuevo” Estado con las y los jóvenes que también lucharon por la recuperación de la democracia. En ese aspecto, los integrantes de la ATR manifestaron su

compromiso con este proyecto, colaborando y aprovechando varias instancias para la consolidación del movimiento y también su trascendencia.

Considero que es fundamental relevar este análisis y reflexión hoy, a casi 30 años de esta historia, y cuando este periodo ha sido reinterpretado socialmente desde una perspectiva muy crítica. El autor comienza el libro apuntando a ese aspecto: las y los rockeros de comienzos de los noventa vivieron este periodo en una profunda dicotomía, entre la “esperanza movida por un momento de explosión creativa” donde se anunciaba un nuevo futuro de democracia; y la decepción por la marginación de su música en la industria musical, y el desprecio y criminalización desde los medios masivos.

En este libro se aprecia que esta dicotomía fue abordada por la ATR con una sola herramienta: el trabajo colectivo. Esto a pesar de que los protagonistas reconocieron que el nombre de la organización fue elegido por lo irónico que puede resultar que los rockeros se “asocien” y “trabajen”. El autor destaca que todos los prejuicios con que fueron tachados los rockeros por los medios de comunicación y todas las exclusiones que vivieron por parte de la industria, fueron combatidas con el trabajo asociativo. Asimismo, todos los proyectos coordinados con el Estado surgieron y se desplegaron en función de ese mismo trabajo. De esta forma, se comprende que la ATR ejerció una efectiva agencia social, política y cultural, y eso está muy lejos de ser la historia de un fracaso.